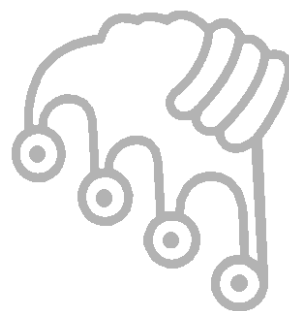


DEBATE





IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

DEBATE

Representaciones sociales e imaginarios latinoamericanos en perspectiva

.....
Angela Arruda y Martha de Alba (coords.), *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*, Anthropos, Barcelona, 2007, 412 pp., ISBN 9788476588437
.....

POR JOAO GILBERTO CARVALHO*
Universidade Federal do Rio de Janeiro
professor_jg@hotmail.com

El topónimo América Latina es una herencia de Luis Napoleón, del tiempo en que una supuesta unidad lingüística justificaba pretensiones imperiales. Es el motivo por el cual Morse (1998) en su clásico *El espejo de Próspero* prefiere Iberoamérica como vía distinta de aquella establecida por Angloamérica, en el sentido de evitar la generalización del término América. Mucho antes, Zweig (1943) nos alertaba de las consecuencias y equívocos de la utilización del nombre y hasta ahora procuramos encontrar una base común capaz de ofrecer una identidad al subcontinente, lo que significa decir también, un camino común.

La obra *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*,¹ coordinada por Angela Arruda y Martha de Alba, se inserta en ese espacio de discusión, y tal vez pueda ser considerada como una nueva vertiente de la teoría de las representaciones sociales, debido a su intención de buscar un hilo conductor entre investigadores de la región. El libro reúne a experimentados investigadores de las representaciones sociales y se divide en tres partes que agrupan capítulos y objetivos articulados: en primer lugar se presentan las teorías que fundamentan la propuesta general de la obra –expresadas ya en su título–; luego Jodelet y Amancio muestran las múltiples miradas

* Traducción al español: Gloria Elizabeth García Hernández y Martha de Alba.

¹ Texto de la presentación del libro en la Casa de la Primera Imprenta de América, el 11 de diciembre de 2008.

sobre los latinos y, finalmente, se encuentra una reflexión de los brasileños, los mexicanos y los venezolanos sobre sí mismos.

Habrá que considerar también el prefacio y la presentación, realizados por Serge Moscovici y Angela Arruda, respectivamente. “Un largo prefacio”, podríamos decir que es generoso, lleno de reconocimientos que Moscovici hace a los investigadores en un tono de satisfacción por las aplicaciones de la teoría a la que dedicó una buena parte de su vida. De hecho, la escuela de las representaciones sociales está cumpliendo medio siglo de existencia. Desde el lanzamiento editorial de su investigación sobre las representaciones sociales del psicoanálisis en Francia, la teoría moscoviciana no ha dejado de crecer y crear ramificaciones. El secreto de su éxito está relacionado directamente con dos factores en apariencia contradictorios: la consistencia y la flexibilidad epistemológica que la caracteriza. A propósito, Moscovici afirma textualmente no ser el guardián de la pureza teórica y se declara “siempre en la búsqueda de todo aquello que pueda transformarla y mejorarla” (p. 12). Angela Arruda explica, por su parte, que desde 2001 el grupo de trabajo sobre esta temática, del que ella forma parte, intercambia información y reflexiones que culminan en el libro publicado por Anthropos. La participación de Denise Jodelet es garantía de respaldo teórico; en tanto que las instituciones de fomento apoyaron la investigación en lo financiero –un eterno vía crucis para los investigadores–. También se hace la promesa de dar continuidad a la investigación, manteniendo la articulación entre identidad, imaginario y representaciones sociales en el ámbito regional.

La obra propone un enfoque latino, por lo que el primer capítulo discute exactamente esta “entidad”, la América Latina. Así, Guerrero y Lozada buscan en el siglo XIX las matrices simbólicas de esta comunidad imaginada –definición ya clásica de Benedict Anderson–. El pasado colonial ibérico y las luchas por la independencia forman un trazo común que es, por así decirlo, la base de la identidad latina. Una comunidad imaginada en términos bolivarianos, que traduciría los anhelos de las jóvenes naciones del siglo XIX, que ahora sostienen los desafíos de la región frente al mundo globalizado. Tal vez ésta sea la mayor dificultad de nosotros los brasileños: Simón Bolívar no nos dice nada, no nos identificamos con su gran patria y mucho menos con los países del subcontinente, como parecen mostrar los mapas de la investigación de Arruda y Ulup (parte III, pp. 165-198).² Pero es posible coincidir con Guerrero y Lozada en que es pertinente discutir la cuestión latina desde otras bases, a partir de un abordaje típico de la teoría de las representaciones sociales que plantee preguntas esenciales: ¿existe algún significado de ser latinoamericano? ¿Cómo los países que forman la comunidad

² Lo que no significa decir que no exista un imaginario común, o cómo no esbozar una sonrisa cómplice frente a las palabras del atarantado personaje de la crónica de Carlos Fuentes (2007: 14-15): “La latinidad, cuando no es un ejercicio que perfecciona la envidia, es complicidad alimentada por el sentimiento de que, siendo culturalmente superiores, recibimos tratamiento de segunda clase en las tierras imperiales”.

se representan a sí mismos? No hay manera de huir de la globalización, nos advierte Moscovici en su prefacio –la moldura que dimensiona los espacios humanos en la posmodernidad–. En este sentido, ¿cuál sería el sentido de una identidad regional en tiempos de fragmentación política y aun de debacle del Estado-nación? Los autores responden con base en la tendencia concomitante al proceso de disminución de los Estados: la integración regional. La formación de bloques económicos o de intereses políticos comunes y que configuran “un Estado supranacional, por encima de los Estados-nación” (p. 34). No es fácil tener una dimensión exacta de procesos tan recientes a lo que no se puede siquiera atribuir un carácter inexorable.

De ahí la pertinencia de buscar aportes teóricos diversificados, como hicieron Banchs, Agudo y Astorga, en una tentativa de articular “Imaginarios, representaciones y memoria social”, que no sólo es el título del capítulo sino que también responde, según los autores, al propósito general de la obra, así como a los instrumentos de investigación adoptados, que se relacionan en la interfase de esos conceptos. Enseguida describen el resultado construido históricamente por una generación de científicos sociales, que da cuenta de la distinción entre imaginación e imaginario. En síntesis, la imaginación es una actividad de pensamiento superior a las imágenes, que va más allá de la mera reproducción de la realidad; mientras que el imaginario resulta de compartir esta actividad, es la materialización de una potencialidad humana.

La transición paradigmática ocurrida en los últimos tiempos requiere recuperar temas relegados a un segundo plano o considerados anticientíficos, como la creatividad, la imaginación, la subjetividad y el sentido común, entre otros. Banchs *et al.* privilegian la perspectiva de Castoriadis, destacando al imaginario instituyente como la matriz simbólica que da sentido a las prácticas sociales. En efecto, el “imaginario social es una construcción histórica, social y cultural, que se organiza en torno a una estructura, entonces podemos considerar esa estructura como el imaginario central de cada cultura, sea que se sitúe a nivel de símbolos elementares o de un sentido global” (p. 55). Los autores presentan los conceptos principales de la teoría de Castoriadis, la trayectoria de la corriente de las representaciones sociales inaugurada por Moscovici y el concepto de memoria, desarrollado por los clásicos Halbwachs y Bartlett –destacando también la obra de Sá, autor brasileño conocido por sus estudios sobre la memoria social–. No se trata de una tarea fácil. El problema es la articulación efectiva entre las teorías, sobre todo si consideramos que una teoría en su nivel más básico significa el conjunto de conceptos e hipótesis que forman un sistema, no siempre permeable a influencias exteriores. La simple yuxtaposición no siempre tiene valor heurístico, pero el esfuerzo de aproximación y puntos de contacto puede arrojar resultados interesantes y extender los horizontes científicos, que se prestan a una aplicación –como en los capítulos siguientes.

Denise Jodelet, en su capítulo, se fundamenta en Durand para analizar el modo como dos autores franceses, Artaud y Bernanos, vieron/representaron/imaginaron

respectivamente a México y Brasil, a partir de sus experiencias personales en esos países en la década de los treinta. Es interesante que el cruce de análisis de Jodelet y de Tunico Amancio –capítulo en torno a los filmes extranjeros sobre Brasil– revela un fondo común: la alteridad. Los franceses de Jodelet pueden ser encuadrados en la tipología de Amancio, denominados de la siguiente forma: el viajero, el deportado, el emigrante y la proyección utópica; cuatro tipos que emergen de su análisis de las epístolas del Descubrimiento. Las obras de cine que examina, como los textos de Artaud y Bernanos, establecen una relación de continuidad en una documentación antigua. Aunque tal relación de continuidad constituye una expresión fuerte, el “manto ideológico” y la “visión estereotipada” permanecen como una especie de base simbólica capaz de resistir varios siglos (*thema*).³ El “trayecto antropológico”⁴ de Jodelet y la tipología de Amancio captan el proceso de proyección de las expectativas europeas del Nuevo Mundo. La repulsión y la fascinación se traducen en deseo, aversión, erotismo, exotismo o sublimación –tanto en los filmes como en los diarios de Colón–.⁵ El infierno y el cielo se alternan en el contenido imaginario de los cronistas y de los cineastas, consolidando el repertorio típico de la alteridad y el fundamento de las representaciones sociales sobre ese otro –que somos los latinos, históricamente extraños a nosotros mismos.

Durante mucho tiempo los latinos fuimos apenas sólo objeto, casi una curiosidad “arqueo-antropo-sociológica”, de manera similar como indios y extraños han sido abordados por el discurso científico. Los tiempos han cambiado. La tercera parte del libro confirma algunas suposiciones elementales de la relación entre los latinos y el mundo, pero hay una novedad: el punto de partida es el sentido común. Es lo que el grupo de investigación de Arruda y Ulup, de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ), buscó en los mapas elaborados por los 1 029 estudiantes universitarios de Brasil, las representaciones sociales que caracterizan el imaginario sobre el país. Los autores están conscientes de su audacia, teniendo en cuenta que la metodología de trabajo con mapas mentales generalmente se aplica para la investigación sobre espacios pequeños, barrios o ciudades, y que Brasil tiene dimensiones continentales. Sin embargo, es seductora la posibilidad de utilizar un instrumento capaz de comprender con tal inmediatez los elementos que componen el imaginario de este grupo y que forma la base de la representación social de ser brasileño. El hecho de ser estudiantes universitarios es significativo: las imágenes revelan no sólo lo que ellas refieren, sino aquello que está en posición de ser referido. Por lo tanto, no son sorprendentes las respuestas ni las conclusiones, digamos que son la contraparte de sentido común al contenido de las obras de los historiadores,

³ Concepto de Holton recuperado por Moscovici y Marková (cf. Marková, 2006).

⁴ Las expresiones entre comillas son de los autores.

⁵ La introducción de Colón, cuando Amancio nos ofrece Caminha, es nuestra –proveniente de la lectura de la impresionante obra lanzada ahora, 2009, de Felipe Fernández-Armesto, *Os Desbravadores*, editado por la Companhia das Letras.

sociólogos y antropólogos, algunos de ellos incluidos en las referencias. Los mapas muestran tres formas de ver a Brasil: un Brasil exótico, uno europeo, y uno cosmopolita, a partir de la relevancia de los estados de Bahía, Río Grande do Sul y del eje Río de Janeiro-São Paulo. El imaginario más amplio, tan grande como las dimensiones del país, recupera las peculiaridades y contradicciones históricas y geográficas de sus regiones. De Bahía se recupera su bahía y su capoeira; de Río Grande do Sul, su gaucho valiente; el progreso es lo característico de São Paulo; las playas cariocas lo son de Río: Brasil es un paisaje, lo dijo Néelson Rodrigues.⁶ El brasileño es muy alegre y hospitalario, cada uno a su manera, y el gaucho escapa a la regla para no parecer tan brasileño. Un mosaico solitario sin embargo. La investigación muestra la ausencia de un vínculo continental, lo que pone en entredicho la viabilidad de los acuerdos de la integración latina. Las autoras concluyen acertadamente: “Grandes contrastes parecen, por tanto, organizar las representaciones sociales de Brasil, de las cuales las representaciones de los estados dan indicios y abren horizontes para un estudio más profundo sobre los imaginarios que habitan tales representaciones y son habitados por ellas, construyendo la nación imaginaria que es Brasil” (p. 195).

Herramientas metodológicas similares son utilizadas por De Souza en su capítulo sobre las representaciones sociales e imaginarios sobre la escuela, obtenidas a partir de dibujos de 410 estudiantes universitarios de medicina y pedagogía, de las cinco regiones brasileñas. Es interesante el eje que permite a la autora construir sus categorías: tierra, hombre y lucha –extraído de la narrativa del clásico *Os Sertões*, de Euclides da Cunha–. Los resultados y la metodología son presentados de manera sistemática y rigurosa por la autora. Al comparar su trabajo con otro realizado con niños, concluye que “la imaginación de los niños, y aun la del joven adulto, en el caso de la presente investigación, es una reflexión, un imaginario instituido en diferentes grados por una pedagogía escolar, que define en sus alumnos una forma de imaginar la escuela” (p. 207). Las categorías permiten hacer una síntesis: la escuela como una institución de la sociedad y la escuela como un proyecto personal de vida. Nuevamente constatamos lo siguiente: la aprehensión del sentido común a partir de sofisticados recursos metodológicos trasciende su carácter común. Éste es un trabajo científico, tal argumento es posible, y no podemos permitir que nuestro análisis esté viciado por la aversión que sentimos por los números, como si ellos pudieran traicionar la riqueza de la imagen, su espontaneidad y su claridad.

El análisis realizado por Guerrero en su investigación con los mapas obtenidos también de estudiantes universitarios desborda riqueza. Los mapas mentales, según el autor, consolidan el “magma de significaciones” y son portadores de los signos complejos que se refieren a los procesos vinculados al individuo y a aquellos que dan sentido a la

⁶ “O ex-covarde”, cuento de Néelson Rodrigues <http://www.grupotempo.com.br/tex_excovarde.htm> [9 de agosto de 2009].

sociedad. Además, son portadores de las marcas de su tiempo-espacio; son la clave para comprender las representaciones sociales. En este caso, la intención es comprender cómo los mexicanos imaginan su país y América Latina a través de dibujos y preguntas, por ejemplo, al pedirles que pinten los países que componen el subcontinente. Es evocada la relación de vecindad con Estados Unidos, que actúa como un poderoso incentivo para la integración latina. La historicidad es un elemento importante en los mapas mentales de México, algo que también se observa en los mapas de De Alba, en su estudio cualitativo con 63 residentes de la Ciudad de México. Su hipótesis de que “existe una graduación de niveles de la construcción de lo simbólico del espacio”, que se aleja de la idea inmediata, nos hace pensar en la idea de la arqueología de Foucault (1969), sobre las capas que componen la realidad. De Alba hace énfasis en la práctica o experiencia de vida y su relación con las representaciones sociales, y obtiene cuatro perfiles básicos de los residentes. Una síntesis de los mapas –tal vez un nuevo mapa– a partir de la frecuencia de las imágenes diseñadas, expone la fuerza simbólica de los edificios relacionados con la identidad nacional. Las capas⁷ de significado se proyectan a partir de un núcleo de tan sólo diez kilómetros cuadrados y aquí aparece como irresistible la evocación de otro concepto: “lugares de memoria”, de Nora (1993). El pasado mítico precolombino se funde con las imágenes de la colonización hispana y su fuerza está incrustada en la piel y en los edificios. Se puede concluir que el uso de mapas es una experiencia rica y productiva para los investigadores interesados en las representaciones sociales de la identidad latina. Su uso en el trabajo tiene la siguiente distribución:

- Mapas de Brasil: Arruda y Ulup/de Souza: investigadores brasileños
- Mapas de México: Guerrero/de Alba: investigadores mexicanos

Podría ser interesante, por tratarse de un equipo que comparte experiencias, que los mapas también se intercambiaran, como en el juego de memoria o rompecabezas, tan popular entre los jóvenes. Tal vez la interpretación sería enriquecida con otras referencias, ya que un investigador de “fuera” no estaría totalmente inmerso en el contexto de la investigación. El objetivo de la obra aparece en la portada: “Aportes desde Latinoamérica”, lo que se tornaría en cierta forma en sugerencia inconveniente. Además, las herramientas de análisis a lo largo del libro son sofisticadas, como los gráficos y los resultados obtenidos por software. La propuesta sigue siendo los “espacios imaginarios y representaciones sociales” derivados de los universos explorados. La imaginación de los investigadores puede ser tan fértil como la de sus objetos de estudio. En este caso vale la experiencia de los historiadores como documento: las fuentes revelan no sólo el pasado, sino también los interrogantes de quienes las consultan.

⁷ La expresión es mía.

Los tres últimos capítulos no se fundan en mapas, pero se mantiene la línea general de la obra, aunque el imaginario venezolano es presentado en diferentes escalas. El capítulo de Banchs, en continuidad con el de Agudo, se centra en una comunidad rural; Lozada examina las cuestiones de la identidad nacional en tiempos de Hugo Chávez, un abordaje más general de la alteridad. Banchs mapea las representaciones colectivas “asumiendo el enfoque multimetodológico característico de la etnografía” (p. 324). A partir de la tradicional distinción entre historia y memoria, penetra en el mundo de las creencias y los mitos populares. Allí los males del presente, como la decadencia económica y la presencia de la droga, encuentran consuelo o explicación en el pasado mítico. Hay un origen, una maldición para el pueblo, que da sentido a las transformaciones del presente. El mito, por lo tanto, está vivo y constituye la base de las prácticas cotidianas. En esas comunidades, la representación colectiva es más fuerte que en las sociedades deificadas y, como en el estudio de Agudo en el capítulo siguiente, la representación social del dinero se deriva de la confrontación entre el pasado y el presente: “el dinero de ayer y el dinero de hoy” (p. 368).

En la comunidad rural de San Juan, lo que en economía se llama desarrollo, recibe de sus críticos el nombre de exclusión, es tan sólo la confirmación de sus mitos de origen. Sin embargo el fatalismo no es exclusivo de este grupo. Es un rasgo de la cultura política de Venezuela, afirma Lozada en su capítulo. La contradicción entre lo viejo y lo nuevo se cristaliza en la controvertida figura del presidente Chávez. El último capítulo del libro expone el panorama político de este país, marcado por la desigualdad social y los conflictos étnicos, además de la situación común al subcontinente. La originalidad de Lozada está en ofrecer un enfoque psicosocial de los procesos políticos, lo que “requiere la comprensión de las causas estructurales de sus crisis y transiciones como el análisis de la carga simbólica que interviene en las dinámicas sociales que construyen sus representaciones e imaginarios sociales” (p. 398).

Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica es apenas una muestra de las investigaciones más amplias desarrolladas por los autores en sus países. El esfuerzo de diálogo se evidencia en la coherencia teórica y metodológica de los textos. Puede ser precipitado afirmar que una aproximación latina sea una nueva vertiente de la teoría de las representaciones sociales. Sin embargo, una conclusión que parece indiscutible es que las representaciones sociales están definitivamente consolidadas en América Latina como una teoría y como práctica de investigación.

Bibliografía

Foucault, Michel
1969 *L'archéologie du savoir*, Gallimard, París.

Fuentes, Carlos

2007 *Inquieta Companhia*, Rocco, Río de Janeiro.

Marková, Ivana

2006 *Dialogicidade e Representações Sociais: As dinâmicas da mente*, Vozes, Río de Janeiro.

Morse, Richard

1998 *O Espelho de Próspero: cultura e idéias nas Américas*, Companhia das Letras, São Paulo.

Nora, Pierre

1993 “Entre memória e história: A problemática dos lugares”, en *Revista do Programa de Estudos Pós-Graduados em História e do Departamento de História*, núm. 10, São Paulo, PUC/SP, pp. 7-28.

Zweig, Stefan

1943 *Américo. Uma Comédia de Erros na História*, Guanabara, Río de Janeiro.